

Carta desde la Argentina

Tal vez sea cierto que, como dice el poema de Borges, nadie pueda escribir un libro. Lo que sí es cierto con absoluta seguridad es que las cartas son imposibles. Al menos si debo escribirlas yo; sobre todo si en ellas debo hablar de la cultura argentina en el momento actual. He oído que hay otros lugares del mundo —otros mundos, quizá— donde es posible considerar los hechos del espíritu sin aludir a la política y a la historia; dejando de lado mi fuerte sospecha sobre la inexistencia de Islas Afortunadas, algo es seguro: esos lugares no son la Argentina. En mi país no se puede pronunciar una sola palabra sobre cosa alguna, si no se nombra nuestra circunstancia. El argentino, ya lo han visto nuestros escritores, detesta la política, es individualista, desconfía del Estado y sus laboriosos aparatos, se burla de sus tradiciones, pero vive sumido en la historia, cercado por la realidad. Y esto es así desde que nacimos como nación. Las melancólicas o airadas sextinas del *Martín Fierro*, la prosa basáltica de *Facundo*, son impensables y, para un argentino, casi ilegibles, si se las separa de la historia que les dio origen. Tengo para mí que lo mismo pasa con la *Eneida*, la *Comedia* o *El Quijote*; pero no estoy postulando una teoría social de las letras y las artes: estoy intentando escribir el prólogo a una correspondencia que, mucho me temo, desentonará entre las informativas y doctas cartas de mis colegas del continente. He leído algunas. Todo parece ir bien en Hispanoamérica. Se descubren tesoros indígenas; los novelistas y poetas siguen soñando; los pintores pintan, y hasta exponen. Leo en *Cuadernos Hispanoame-*

ricanos (N.º 476): «La cultura colombiana es hoy en día una de las más vitales y diversificadas de Hispanoamérica». Leo: «México tiene los mejores museos de Iberoamérica. Sin duda alguna, el Museo de Arte de São Paulo y el Museo da Universidade de São Paulo (Brasil) cuentan con las colecciones de pintura europea más importantes de Latinoamérica». Cada país parece ser el mejor o el más ilustre en algo. Muy bien, en la Argentina no pasa casi nada de eso. la Argentina actual tiene, en cambio, las tasas de inflación más fantásticas de la Historia del Mundo, la deuda externa quizá más alta, el mayor índice de exilio, el más bajo porcentaje de apoyo estatal a la educación y a la cultura. En regiones de la Argentina muere un chico cada veinte minutos; a la tercera parte de sus habitantes se los llama, según un típico neologismo nacional, «carenciados». Es decir, pobres; muy pobres. Lo que antes se llamaba desposeídos. Mientras tanto, el presidente de la República, amparado en un privilegio democrático que es en realidad un resabio anacrónico del orden monárquico, indulta a los militares convictos por la Justicia e imagina leyes contra el derecho de huelga. Hay también argentinos que escriben, aunque no puedan publicar, o que pintan, aunque apenas consigan exponer. Y aunque nuestro país carece de cultura indígena, o nos hemos ingeniado para destruirla, es probable que algún heroico investigador norteño descubra algún petroglifo en la cordillera. Y también suceden otras cosas. Desde hace dos o tres años no ha pasado un día sin un paro total o parcial; según acabo de escuchar por radio, se teme un estallido social en la provincia de Santa Cruz; la drogadicción y el crimen se pasean por nuestras calles con la impunidad con que el enmascarado del cuento de Poe se paseaba por los cuartos del Príncipe Próspero. La historia, la noción de historia, habrá pasado a mejor vida en los países europeos (o en la cabeza de ciertos metafísicos europeos), pero, entre nosotros, sigue siendo el único referente válido. Palabras o giros como «muerte de la historia», «fin de las utopías», «posmodernidad», pueden ser entendidas y hasta acogidas en Latinoamérica, pero en cuanto se las piensa desde nuestra realidad comienzan a significar algo muy distinto de lo que significan en Europa. Tal vez nos civilicemos, con el tiempo. Momentáneamente, es así. Yo escribo esta carta desde lo momentáneo. Bien mirado, una carta es el símbolo de lo momentáneo.

Para entender lo que pasa, o lo que *no* pasa, en la cultura argentina, no hay que perder de vista lo que nos viene pasando, desde hace años, a los argentinos en general. Sólo así se explica, sin que parezca una crujiente denostación personal, que el panorama cultural argentino sea deplorable. Los últimos grandes libros de ficción que aparecieron en nuestro país, *Adán Buenosayres*, *La casa*, *Sobre héroes y tumbas*, *Rayuela*, *El Aleph*, fueron escritos hace treinta años o medio siglo. No hay un solo escritor argentino de cincuenta años que tenga hoy la obra o el peso que Borges, Bioy Casares, Sábato, Marechal o Cortázar, tenían a esa edad. La última generación literaria, la de los años sesenta, aún no ha sido reemplazada, y aunque han aparecido después algunos autores valiosos (Aira, Fogwill, Anglade, Forn, Sylvia Iparraguirre, González Amer, Caruso, Susana Silvestre, Caparrós, Vlady Kociancich, Donantuoni, etc.) distan mucho de formar una nueva generación y apenas consiguen publicar. Algo análogo sucede en la poesía o en la música. Por razones que soy incapaz de explicar, las artes visuales y la plástica son quizá la excepción. Y sería bueno que un especialista analizara el tema.

Hace veinte años, Ernesto Sábato podía asegurar que la Argentina era uno de los países donde más se leía. No importa que yo mismo pudiera responder a eso que sí, pero que se leía mal. Hoy no se lee ni mal ni bien. No ya comprar libros, comprar revistas y aun diarios, se ha vuelto una suntuaria excentricidad. No me hace falta tener estadísticas a mano, ni creer en ellas, para estar seguro de algo: la producción editorial argentina fue una de las más altas del mundo; hoy, es irrisoria. Todavía en 1986 un diario de Buenos Aires pudo hacer una encuesta en la que intervinieron dieciséis revistas literarias. Hoy no se podría consultar a tres. (Pienso en *Babel*, en *Puro Cuento*, en *Diario de Poesía*.) En cuanto al teatro, un extranjero se engañaría tal vez por el número de obras que hay en cartel. «La cartelera diaria», dice María Moro (revista *Clásica*, junio 1990) «parece desmentir este estado crítico, no sólo por la cantidad de propuestas que se ofrecen, sino por la cantidad de pequeñas salas (...) que se están habilitando.» Lo que hay que ver es con cuánto público trabajan esos actores, qué capacidad tienen esas salas. Si algo positivo tiene la pobreza, además de su «raro y comunal prestigio», como dice Félix Grande, es que han aparecido en Buenos Aires teatritos con capacidad para treinta o cuarenta personas: en esos talleres todavía se

ponen de pie las palabras de Strindberg, de Arlt, de Sartre, de Genet. Los profesionales del optimismo pueden pensar que esto es alentador. A mí, me desconsuela. Me basta recordar que, en plena dictadura, se juntaron más de mil actores y medio centenar de autores y directores y, desafiando a la Junta Militar, movilizaron a la ciudad entera con Teatro Abierto.

Sören Kierkegaard escribió que prefería ser porquerizo, y ser entendido por los cerdos, a escribir libros y no ser entendido por los hombres. O, lo que es igual, no hay arte, no hay literatura, no hay creación espiritual de ninguna especie si nadie los recibe. Todo arte es un acto de libertad que se pone a prueba con la libertad de su destinatario: lo que resulta de este cruce es lo que llamamos cultura. En la Argentina, se ha roto el puente del espíritu. La situación actual no es irreversible, oigo decir. De acuerdo. Nada es irreversible, salvo la muerte. Lo que no veo es que esto pueda servirnos de consuelo. Vivimos ahora, en este país, en esta circunstancia y, sobre todo, vivimos bajo una opresión ideológica fomentada desde todos los sectores del poder que, más o menos, puede resumirse así: la historia sucede, nadie puede realmente modificar nada, los países y sus pueblos siguen caminos que, si no están escritos en las estrellas, están determinados por las decisiones de los fondos monetarios, los mercados comunes, los azares del dólar. Los mismos que negaban la teoría de que la base económica condicionara el espíritu, hoy, desde el utilitarismo salvaje, han descubierto que lo *determina*: cuando seamos poderosos, seremos libres y creadores. También oigo decir que no es sólo mi patria, que el mundo en general ha perdido el rumbo. Ni el capitalismo, ni el socialismo, ni las religiones, han conseguido apartar al hombre de su peor destino. Tampoco me consuela. Me hace pensar que, además de vivir en este país, los argentinos vivimos en este mundo.

Todos somos lo bastante fuertes como para soportar los males ajenos, escribió La Rochefoucault. Los argentinos parecemos ser lo bastante fuertes como para soportar los propios. Tal vez ahí anide nuestro futuro. Tal vez tenía razón Nietzsche cuando aseguraba que la salud, acaso decía la cordura, se mide por la cantidad de enfermedad que es capaz de sobrellevar un hombre. Tal vez este consuelo si valga para los pueblos y las naciones.

Abelardo Castillo

Carta de México

Durante el mes de agosto, en distintas partes del país se están llevando a cabo varios eventos dedicados a dos pintores mexicanos: Juan Soriano y José Luis Cuevas. A pesar de que sus obras son muy distintas entre sí, se puede decir que los dos pertenecen a una misma familia dentro de la tradición pictórica mexicana contemporánea. Ambos son consecuencias de la superación de la fase caracterizada por los murales de Rivera, Orozco y Siqueiros —los cuales durante muchas décadas, fueron los representantes del arte oficial— y ambos fueron en su momento una alternativa al arte abstracto. Tanto la obra de Soriano como la de Cuevas son una exploración de los poderes de la imaginación y una manifestación del ser.

Con motivo de los setenta años de Juan Soriano, hace unos días se inauguró en el Instituto Cabañas de la Ciudad de Guadalajara una exposición de su obra. En ella se han incluido los diseños de vestuarios y escenografías que hizo el pintor para el grupo de teatro de vanguardia *Poesía en voz alta* en la década de los cincuenta, una selección de sus cuadros más recientes, una serie de esculturas espléndidas, entre las cuales sobresale «La ola» y una colección de retratos de Lupe Marín, la que fue mujer de Diego Rivera, y quien, como ha dicho Octavio Paz es la encarnación de Lupe Tonantzin, uno de los mitos del México moderno.

La serie de diseños para el vestuario y la escenografía de las obras representadas por *Poesía en voz alta* —en el cual participaron Octavio Paz, Juan José Arreola, Leonora Carrington, el mismo Soriano, directores de teatro, tales como Gurrolo, Mendoza e Ibáñez—, además de tener un valor artístico indiscutible, son un documento

importantísimo de la cultura de aquel México de los años cincuenta que intentaba librarse del dogma del nacionalismo promovido por el Estado. La cantidad de obras para las cuales Soriano diseña el vestuario y la escenografía para ese grupo es inmensa. Entre ellas hay que recordar *Las criadas* de Jean Genet, *Asesinato en la catedral* de T.S. Eliot, *El salón del automóvil* de Ionesco. El grupo de «Poesía en voz alta» por su carácter multidisciplinario con postura libertadora fue importantísimo para las futuras generaciones en el país. Estos escritores, pintores y directores de teatro antes mencionados trabajaron juntos intentando recuperar la vocación cosmopolita del país.

La mayor parte de los cuadros de la exposición de Soriano pertenecen a coleccionistas privados de Guadalajara. Entre ellos sobresalen algunos de sus retratos. La labor de Soriano como retratista ha sido una constante desde sus inicios como pintor. En ellos logra plasmar con una serenidad deslumbrante la gravitación anímica de cada uno de sus personajes. Pareciera que el universo que los rodea fuera una extensión de su ser, que su interioridad se trasmutara en exterioridad. Además en ellos se combina siempre una experiencia poética con una de tipo intelectual. Por dar un ejemplo, en el retrato titulado *San Jerónimo* (1942) —no incluido en esa muestra—, el joven que aparece desnudo en una habitación está sentado de espaldas a un pequeño cuadro cuyo motivo es una calavera con un reloj de arena, la cual a su vez, está sentada en la misma posición. Allí Soriano, además de conciliar lo «profano» con lo «sagrado», cristaliza en la mirada del bello joven la conciencia que tiene todo ser humano del paso del tiempo y de la muerte. Podría recordar otros títulos de retratos conocidos del pintor, tales como «Diego de Mesa con un perro» (1948), «María Asúnsulo acostada» (1944), «Marek» (1976) o algunos de sus autorretratos. Sin embargo la obra de Soriano no se limita a este aspecto, abarca una variedad de registros enorme. Pinturas bucólicas macabras, oníricas, fantásticas, eróticas y religiosas se despliegan en sus lienzos con un lirismo desbordante y una plasticidad poco común. Los cuadros de Soriano son capaces de transportar a quien los contempla a un tiempo mítico, a una realidad cuya lógica es la poesía.

Simultáneamente se han organizado tres eventos dedicados a José Luis Cuevas. El primero de ellos, se ha